



## EL PESCADOR, LA ROBALIZA Y LA TRUCHA

Para que el lector descanse la fatiga que puedan producirle las estadísticas, los gráficos y la prosa cargada de ciencia, le invitamos a asomarse a la orilla de la mar. Ahora, con la primavera, suele poblarse de pescadores espontáneos. No es que la curva de las cañas brote por el mismo impulso vital que abre cataratas de flores en la copa de los cerezos, pero algo espolea al deportistas de la pesca, que suele alternarla con la caza, llegada esta feliz edad del año en que todo se hace grávido y prometedor.

Primero, este tipo de pescador suele organizar la captura de la inocente trucha. Cuando uno lo ve marchar hacia el río, algún domingo muy de mañana, armado de polainas, de morral, de cañas bien enfundadas, y tocado con un aludo chambergo, se piensa en que tal vez este alarde sea desproporcionado a la humildad del animal perseguido. La trucha suele huirle, y es natural, porque está acostumbrada a contemplar estampas menos aparatosas.

Los más valientes pescadores de río, se atreven con el salmón, a veces menos decorativamente supli-do con el sábalo. El salmón los va aproximando a la mar, y ya entonces parece más proporcionado el atuendo del pescador con el brío del pescado. Cada vez entran menos salmónidos por nuestros ríos, y como el gusto por el deporte de la caña parece que va en aumento, era preciso buscar la materia prima en la inagotable fecundidad de la mar.

Y ahí tenemos al pescador de robalizas, asomado a ese malecón o encaramado en aquella peña. Alguien pensará que el auge actual de la pesca de la robaliza, entre pescadores de tierra adentro, responde a alguna razón de ortodoxia política. No nos interesa este aspecto del asunto, sino el de contribuir a la legítima reivindicación de un pez, que no pueda defender por el mismo su prestigio en el morir.

Lo que pasa es que, a la robaliza, ha de parecerle este sistema de poca ortodoxia pesquera. Se trata de un pez auténticamente marítimo, sin concesiones dulceaquícolas, acostumbrado a entregarse al copo de los arrastreros, al boliche de los lobos costeros, o al palangre bien «engadado». A cualquier procedimiento de captura verdaderamente marineramente arriesgado, valeroso. Y el hecho de que su curiosidad viajera, estimulada por su voracidad, la lleve a acercarse a tierra, no justifica, en el sentir de esta especie, celosa de su prestigio, que se la trate desconsideradamente, haciéndola morir a manos de un pescador improvisado, como si fuera una trucha.